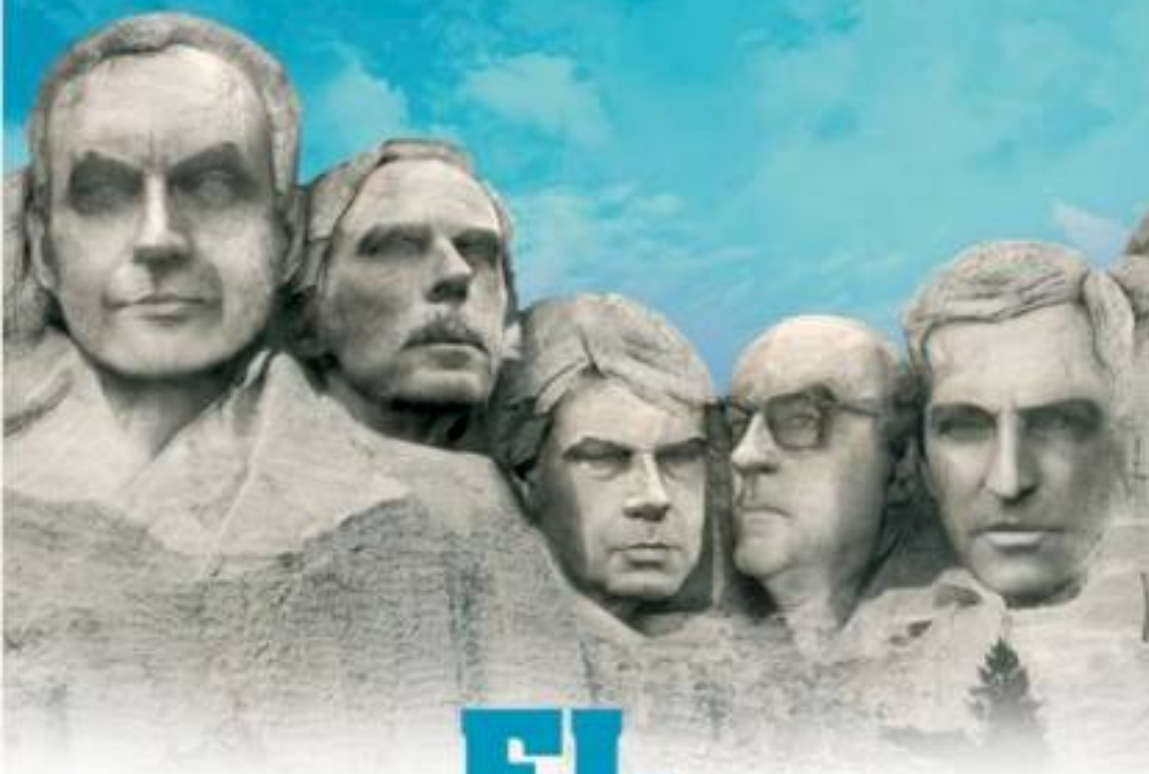


Pilar Cernuda



**EL
SÍNDROME
DE LA
MONCLOA**


ESPASA

PILAR CERNUDA
EL SINDROME DE LA MON-
CLOA

PRÓLOGO

Esta crónica acerca de los cinco presidentes de la democracia es necesariamente una crónica oscura, por no decir negra. El propio título del libro, *El síndrome de La Moncloa*, obliga a analizar la otra cara de la moneda, la menos amable, la de los cambios en el carácter y en las formas que se producen en quienes han alcanzado a través de las urnas la cima más alta del poder. Donde había calidez aparece la soberbia; donde había cercanía, distanciamiento.

Durante las campañas de las elecciones generales, los candidatos afirman que no se dejarán arrastrar por lo que significa acceder a la más alta responsabilidad del Gobierno, pero todos cambian... Es inevitable. Cuando ocupas el último eslabón de la cadena, cuando llega el momento de tomar una decisión que solo el presidente puede tomar con todas sus consecuencias, ese presidente toma conciencia de su soledad, pero también de su poder.

En unas declaraciones realizadas poco después de ser fichado por el Real Madrid, el entrenador José Mourinho provocó un titular al afirmar que «para ser líder hay que ser arrogante». Cuesta aceptarlo, pero podríamos decir sin temor a equivocarnos que, efectivamente, un líder no puede escapar de la vanidad ni de la arrogancia. De la talla humana de los líderes, de los dirigentes, de los presidentes del Gobierno depende que sus cambios sean aceptables para unos ciudadanos obligados a entender que el presidente ya no es aquel ciudadano con el que era fácil encontrarse en cualquier esquina e iniciar una conversación convencional. (Entre otras razones, porque los encargados de velar por la seguridad de los presidentes ni les permiten va-

gar por cualquier esquina ni abren el paso a quien trate de acercarse a menos de dos metros de tan importante figura).

Los presidentes españoles viven en La Moncloa, un palacete situado en las afueras de Madrid. Aunque esa lejanía de la ciudad podría ser un elemento a tener en cuenta al analizar los cambios de carácter —vanidad, malestar ante las críticas de sus colaboradores, necesidad del elogio permanente, prepotencia, etc.—, el factor determinante es el hecho de ostentar el poder, de sentirse el amo del mundo, aunque su país sea irrelevante. Y España no lo es. Quizá sea esa la razón de que todos los presidentes españoles, unos en mayor medida que otros, hayan sufrido ese síndrome que les transformó en personas muy distintas de las que eran cuando tomaron posesión de su cargo tras ganar las elecciones.

Todos pidieron a sus amigos que les dieran un toque de atención si advertían el menor síntoma de arrogancia. Cuando alguno se atrevió a hacerlo, se encontró con el mal gesto del presidente, que respondía que era el de siempre y que únicamente se había visto obligado a modificar algunos hábitos debido a sus nuevas responsabilidades.

El catedrático de Psiquiatría Jerónimo Sáiz Ruiz se preguntaba en un artículo:

¿Sabemos qué siente una persona que se ve abocada a situaciones límite? Suponemos en los líderes cualidades especiales que van más allá de la ambición: la seguridad, el coraje, el aplomo, el idealismo, la honestidad, la justicia, el altruismo... Este bagaje debería servir de ayuda para afrontar momentos difíciles. Pero también sabemos de los peligros de ostentar el poder: las grandes responsabilidades que invaden los espacios de la vida personal, la inevitable soledad de su posición.

Lord David Owen, político británico que fue secretario del Foreign Office a finales de la década de los setenta del siglo XX y que posteriormente creó el Partido Socialdemócrata, dejó la política tras ejercer como mediador de Naciones Unidas en las negociaciones de paz en Bosnia junto a Cyrus Vance, ex secretario de Estado norteamericano con Jimmy Carter y posterior intermediario en diversos conflictos internacionales.

Owen, neurólogo de profesión, ha reconocido públicamente que durante el tiempo que estuvo en el Gobierno sufrió un profundo cambio de carácter y durante seis años ha estudiado el cerebro de varios políticos relevantes para analizar su comportamiento. El resultado de su trabajo lo ha publicado en un libro, *En el poder y en la enfermedad*, en el que desarrolla lo que él llama el «síndrome de Hubris», el héroe griego que, ensoberbecido tras vencer en una batalla, arrogante y déspota, se aleja de la realidad y comete graves equivocaciones. Según Owen, el síndrome de Hubris aparece en todos los gobernantes que ostentan el poder durante mucho tiempo, aunque en unos se muestra con más claridad que en otros. Un político está afectado cuando aparecen dos síntomas inequívocos: no escucha y no reconoce sus errores.

Según Owen —su profesión de neurólogo da solidez y rigor a su estudio—, en la primera fase del síndrome de Hubris el político que llega a lo más alto del poder se pregunta si sabrá cumplir con lo que se espera de él y si podrá ejercer con eficacia sus responsabilidades. Se encuentra rodeado de personas de confianza que le dan ánimos y le elogian, y comienza a pensar que todos los éxitos son suyos, hasta el punto de que se apropia de las sugerencias, ideas e iniciativas de sus colaboradores.

En la segunda fase el político se cree indispensable, insustituible, y es cuando comienza a cometer errores: toma decisiones que tienen como objetivo perpetuarse en el cargo, quiere construir grandes obras públicas sin importarle el gasto —desea pasar a la historia a través de ellas— y pretende controlar los medios de comunicación para impedir las críticas.

Y llega la tercera fase, con síntomas propios de la paranoia: quien no está conmigo está contra mí. No acepta que nadie ponga en cuestión sus decisiones, ve enemigos por todas partes, cree que quien no está de acuerdo con él pretende desestabilizar su Gobierno y, como consecuencia, se encierra en sí mismo, desconfía de todo el mundo y se aísla de los demás.

A continuación, cuando se ha convertido en una persona distante que ha perdido su frescura inicial y su atractivo, llega el momento en el que recibe el primer golpe importante, un fracaso en las elecciones o en una votación en el Parlamento. Entonces se da cuenta de que ha cometido un grave error al alejarse de la realidad y pretende recuperar el terreno y el prestigio perdidos. Advierte que está más solo de lo que pensaba y se deprime. La etapa final es traumática. Explica Owen que, tras muchas equivocaciones, el hombre o la mujer poderosos cometen tantos errores que terminan perdiendo las elecciones. Y enferman. Sufren depresión y estrés, y con frecuencia padecen infartos y daños cerebrales como, por ejemplo, ictus.

No hace falta ser un experto en política nacional para advertir que los presidentes de nuestra democracia han presentado estos síntomas con más o menos intensidad, aunque ninguno de ellos es tan sincero como Owen para reconocerlo. Pero también es cierto que es más difícil para un presidente que para un ministro de Asuntos Exteriores

reconocer los errores cometidos, sobre todo cuando ese ministro es médico y, una vez abandonada la política, decide estudiar el comportamiento de quienes se dedican intensamente a ella.

Los cinco presidentes españoles han vivido situaciones muy distintas. Su carácter y sus biografías eran absolutamente dispares cuando llegaron a la Presidencia y ni siquiera los que pertenecían al mismo partido —Felipe González y José Luis Rodríguez Zapatero— defendían el mismo proyecto. Sin embargo, todos ellos cambiaron durante sus años en La Moncloa. Y mucho.

En cierta ocasión, Felipe González le dijo a un amigo que después fue ministro con Zapatero: «Aznar y yo sufrimos el síndrome de La Moncloa cuando llevábamos varios años en el cargo. José Luis ya presentó síntomas al poco de iniciar su primer mandato». Es su percepción, que no coincide con la de otros políticos, y no políticos, que compartieron muchas horas de trabajo y responsabilidades al lado de nuestros cinco presidentes. De hecho, el análisis de González difiere completamente del de bastantes políticos, periodistas, colaboradores y personal fijo de La Moncloa, que afirman que Rodríguez Zapatero ha sido el presidente que menos ha cambiado desde que accedió al Gobierno. Como veremos en estas páginas, Felipe González no es el único que piensa lo contrario.

Para escribir este libro ha sido necesaria la ayuda de muchas de esas personas. A todas, gracias, infinidad de gracias por su confianza, por reavivar sus recuerdos e incluso por facilitarme sus agendas y algunas de sus notas. Y gracias también a José María Cernuda por hurgar en hemerotecas y libros en busca de indicios y datos sobre los cambios de comportamiento que se produjeron en nuestros dirigentes políticos cuando alcanzaron el poder.

1

EL PALACIO

El síndrome de La Moncloa pudo haber sido síndrome de Buenavista, pues al menos en dos ocasiones se contempló seriamente la posibilidad de que la Presidencia del Gobierno se trasladara al Palacio de Buenavista, sede del Cuartel General del Ejército. La primera fue con Calvo-Sotelo; la segunda, con José María Aznar.

Luis Sánchez-Merlo, secretario general de Presidencia durante el Gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo, fue el encargado de recibir a Felipe González en La Moncloa tras su jura como presidente. Se saludaron con cordialidad y cambiaron algunas impresiones sobre lo que iba a suponer la llegada de los socialistas al poder. Sánchez-Merlo le presentó al personal de La Moncloa, le enseñó las dependencias privadas del Palacio —las oficiales González las conocía sobradamente, pues había acudido en varias ocasiones durante los mandatos de Adolfo Suárez y de Leopoldo Calvo-Sotelo— y se permitió darle un consejo al nuevo presidente: que no se instalara definitivamente en La Moncloa y contemplara la posibilidad de trasladar su residencia al citado Palacio de Buenavista. Este es un palacio muy hermoso, amplio, con un precioso jardín-parque, situado en el centro de Madrid, muy cerca del Congreso de los Diputados, lo que facilita sentirse más cerca de la calle, de la gente. Menos aislado.

Aislado... Según todos los analistas, el síndrome de La Moncloa —que nunca fue síndrome de Buenavista, pues la idea de Sánchez-Merlo no prosperó— lo produce el aislamiento que padece el principal inquilino de ese palacete

situado a las afueras de Madrid, que Carlos IV compró para regalárselo a su esposa, la reina María Luisa. Isabel II lo donó décadas después al Estado y a finales del siglo XIX se convirtió en residencia de los presidentes del Gobierno. Posteriormente, Primo de Rivera ordenó que pasara a ser propiedad de la Corona. Durante la Guerra Civil fue arrasado: apenas quedó nada de su estructura arquitectónica y las fotografías de la época presentan un aspecto de absoluta desolación. Franco ordenó su reconstrucción, que se realizó teniendo en cuenta los planos originales, y, una vez finalizadas las obras, que se prolongaron durante años, se destinó a residencia oficial de los dignatarios extranjeros que visitaban oficialmente España.

En 1977, ya en tiempos de Adolfo Suárez, se convirtió nuevamente en residencia del jefe de Gobierno y su familia, pues en aquel momento era el palacete de Castellana 3 el que se utilizaba con ese fin. Pero en una época en la que los atentados terroristas convulsionaban la democracia española, el palacete del Paseo de la Castellana no ofrecía las suficientes garantías de seguridad.

Con el transcurso de los años, el Palacio se fue ampliando con diversas dependencias. En primer lugar se anexionaron las construcciones oficiales cercanas que pertenecían al Ministerio de Agricultura; después se construyeron edificios apropiados para la Vicepresidencia, las reuniones del Consejo de Ministros —un edificio que albergó un despacho funcional para el propio presidente, que mantuvo el de palacio solo para recibir visitas protocolarias—, así como las oficinas del portavoz del Gobierno e instalaciones deportivas para disfrute del presidente y su familia.

Felipe González dispuso en el vasto jardín de una zona para almacenamiento, exposición y cuidado de su magnífica colección de bonsáis, y pidió que se destinara un es-

pacio para plantar una huerta. José María Aznar amplió la zona deportiva con una pista de pádel.

Uno de los hijos de Adolfo Suárez, mientras jugaba en los jardines, descubrió una puerta que daba paso a una gran estancia. Se trataba de una antigua mantequería, situada en la parte trasera del edificio principal del Palacio. Años después Felipe González ordenó su reconstrucción — era un lugar abovedado, largo y estrecho, muy simple, en el que se montó una pequeña cocina— y de ese modo surgió la llamada «bodeguilla», que en principio iba a servir como refugio para huir de la solemnidad del palacio, pero que pronto se convirtió en un lugar de reunión con amigos y personalidades de distintos sectores sociales. Llegó un momento en el que todos los sábados se celebraban encuentros en la bodeguilla. La Secretaría del presidente se encargaba de organizar las cenas, de cursar las invitaciones y de seleccionar a las personalidades de la cultura, el espectáculo, el deporte, la economía o la política con quienes González deseaba reunirse para hablar de forma distendida, sin protocolo, sobre las cuestiones de actualidad. La bodeguilla marcó de tal modo el periodo de gobierno de Felipe González, que su sucesor, José María Aznar, no quiso saber nada de ella cuando llegó al poder. Durante los ocho años que este residió en La Moncloa nunca fue utilizada.

También en tiempos de Felipe González se construyó un búnker, como en otras residencias y cancillerías occidentales, un refugio para el Gobierno y su familia en momentos de extrema gravedad, pero, además, un lugar donde podían celebrarse reuniones en situaciones de emergencia. Allí se encerró la noche del 31 de diciembre de 1998 el entonces vicepresidente Francisco Álvarez-Cascos para controlar la implantación del euro a partir del 1 de enero siguiente. El sofisticado sistema de comunicaciones del búnker lo convertía en el lugar más apropiado para garantizar

que ese importante paso, tanto económico como social, se produjera sin incidencias.

Según varios analistas, el síndrome de La Moncloa es más agudo que el que ha afectado a otros jefes de Gobierno de la historia, entre otras razones porque el presidente español no percibe el ruido de la calle y no puede observar el movimiento de los ciudadanos desde las ventanas de su despacho o de su residencia. Vive en un mundo cerrado, alejado, y cada vez tiene menos ganas de recorrer la decena de kilómetros que le separan del centro de la ciudad. Todo lo contrario de lo que ocurre en otros países occidentales: el 10 de Downing Street se encuentra en el centro de Londres; el Elíseo, en el centro de París; la Casa Blanca, en el centro de Washington; el Palazzo Chigi, en el centro de Roma; el palacio Megaro Maximou, en el centro de Atenas...

En algunos casos se culpa del síndrome al hecho de que La Moncloa sea un recinto rodeado por un muro, lo que acentúa la sensación de encierro. Lo cierto es que hay quien hace interpretaciones que podrían resultar superficiales si no fuera porque, a lo largo de la historia, se ha comprobado que no se debe desdeñar el mal fario. Un estrecho colaborador de Adolfo Suárez, amigo del ex presidente desde que los dos llevaban pantalón corto y que durante los primeros años de su mandato mantuvo una relación muy estrecha con él, sostiene que algo ocurre en el Palacio de la Moncloa, algo que desestabiliza anímicamente a los presidentes, ya de por sí bastante afectados por el peso de sus responsabilidades. Se atreve a hablar de una presencia sobrenatural que agobia a sus ocupantes, les incomoda, les irrita, les hace vivir en constante tensión. Incluso llega a pronunciar la palabra «fantasma», y no porque haya «aparecidos» entre esas cuatro paredes que ni siquiera considera lujosas (cree que La Moncloa tiene más de decorado que

de lugar cargado de historia), sino en el sentido de que pocas personas se han sentido realmente cómodas y felices en el Palacio. Y no se refiere solo a los sucesivos presidentes del Gobierno; varios visitantes ilustres pasaron malos tragos durante su estancia en La Moncloa o inmediatamente después de visitar el Palacio.

Por ejemplo, el dictador dominicano Leónidas Trujillo, llamado «El Generalísimo» por su inmenso poder, y también «El Chivo» por su vida ostentosamente licenciosa —Vargas Llosa le hizo protagonista de su libro *La fiesta del chivo*—. Trujillo mantenía muy buenas relaciones con Franco, a pesar de haber abierto las puertas de su país a los republicanos españoles que habían decidido exiliarse, bien para salvar la vida, bien porque consideraban insoportable pasar sus días sometidos a una dictadura. Fue uno de los jefes de Estado extranjeros que visitaron oficialmente nuestro país durante la época de la dictadura. Llegó en 1954 al puerto de Vigo en un lujoso transatlántico y se trasladó por tren a Madrid, donde paseó victorioso por las calles más céntricas acompañado de Franco. Poco antes habían finalizado las obras de acondicionamiento del Palacio de la Moncloa, así que allí se instaló con su mujer y con su adorada hija, Flor de Oro, emocionadas ante la idea de conocer la capital española y a sus habitantes.

Las dos protagonizaron una historia que empañó la visita oficial. La esposa de Trujillo y Flor de Oro fueron de compras con Carmencita, la hija de Franco, que las llevó a la joyería Sanz, una de las más conocidas de la ciudad. Las damas dominicanas se volvieron locas de entusiasmo y compraron a manos llenas. El derroche fue tal que el joyero se sintió obligado a enviar un broche a Carmen Franco en señal de agradecimiento por haber llevado a su tienda a las ilustres invitadas. Pero Trujillo, quizá afectado por un síndrome de austeridad —o de avaricia— que hasta entonces

no había sufrido, obligó a devolver las joyas, que consideró excesivas. Todo el Madrid «importante», el político y social, se hizo eco de la peripecia, y a Carmen Franco le faltó tiempo para devolver el broche con una delicada nota de agradecimiento y de disculpas. Trujillo murió asesinado en 1961, siete años después, en un atentado que cambió la historia de la República Dominicana.

Tampoco fue muy afortunada la vida del presidente Nixon, que visitó oficialmente España en 1970 y se alojó, también, en La Moncloa. Apenas dos años después, los periodistas Bob Woodward y Carl Bernstein, con el apoyo incondicional de la dirección de *The Washington Post*, comenzaron a publicar sus crónicas sobre el espionaje a las oficinas del Partido Demócrata en el edificio Watergate, obligando a Nixon a renunciar.

Entre los dirigentes extranjeros que residieron en La Moncloa en tiempos de Franco se encuentran Mohamed V de Marruecos, el rey Feisal de Irak, el presidente costarricense José Figueres, el rey Saud de Arabia o el emperador etíope Haile Selassie. A este último le entusiasmó la lámpara «de los pajaritos» que cuelga en la sala donde, en tiempos de Adolfo Suárez, se celebraban las reuniones del Consejo de Ministros —posteriormente, Felipe González y José María Aznar la utilizaron como comedor para almuerzos de no más de una docena de personas—. Al tocar dicha lámpara, se activa un mecanismo que hace girar una serie de minúsculos pajaritos mientras se escuchan sus trinos. El emperador etíope se encaprichó de la lámpara, pero se le explicó que pertenecía al Patrimonio Nacional y que nadie podía comprarla ni regalarla. La mayoría de estos importantes personajes, a excepción de «don Pepe» Figueres, tuvieron regular fortuna personal y política, pues se vieron envueltos en graves conflictos e incluso fueron derrocados. A los amantes de buscar tres pies al gato, escudriñar en las

peripecias de los ocupantes de La Moncloa podría llevarles a conclusiones dignas de un *best seller*.

Por otra parte, los cinco presidentes que han habitado el Palacio durante la democracia han intentado por todos los medios convertirlo en su centro de trabajo y, al mismo tiempo, en un lugar donde una familia pueda vivir. La residencia oficial, situada en el piso de arriba, se acondicionó para la familia Suárez con muebles pertenecientes al Patrimonio del Estado, algunos de ellos absolutamente inapropiados para un lugar destinado a un matrimonio con cinco niños pequeños. Cuando llegó Leopoldo Calvo-Sotelo, su mujer, Pilar Ibáñez, hizo algunos cambios en la zona destinada a los pequeños para que fuera un poco más «leonera» de lo que habían dispuesto los decoradores. Y fue Felipe González el que pidió cambios aún más profundos: muchos de los muebles antiguos fueron sustituidos por otros más funcionales e instaló una mesa de billar en la que jugaba con sus amigos.

Al finalizar el mandato de González, los empleados de La Moncloa, como habían hecho en otras ocasiones, retiraron todos los enseres personales del ex presidente y su familia y prepararon la primera planta para acoger a los Aznar. Ana Botella tomó una nueva decisión: transformar La Moncloa en *su casa*. Instaló el comedor que hasta entonces había estado en el domicilio de la familia, además de muchos de los muebles que les habían acompañado en sus distintos destinos —Logroño, Madrid, Valladolid, nuevamente Madrid—, incluidos los famosos sofás rojos que aparecieron en algunos reportajes gráficos realizados en el domicilio particular del hasta entonces líder de la oposición.

Zapatero y su familia añadieron pocos cambios al preparar su nueva vivienda. Según dijo Sonsoles Espinosa a sus amigos, siempre sintió que Madrid era una ciudad pro-